

¿ Quién me compra un lio ?

Está visto que este mundo está «MAS LIAO QUE EL TESTAMENTO DE UNA LOCA»: Decía un amigo de uno que se encuentra en plena convalecencia de una indigestión de leer periódicos y revistas, que lo peor es que después de tanto meterse entre pecho y espalda todo lo que se publica por esos mundos de Dios y de tragarse al Romero, entre teta y teta del «Interviú», como todo fiel cristiano que quiera librarse de la represión político sexual —ojo esto lo dice el amigo de uno— de tantos años, lo único que saca en claro es que esto «ESTA MAS LIAO QUE EL TESTAMENTO DE UNA LOCA». Y es que no es para menos. Verán:

Cuando a base de gastarse la tira de duros cada semana en revistas curativas de la susodicha represión sexual, con o sin bolsa de plástico, y cuando ya le había tomado el gusto a ver señoras con salva sea la parte —o las dos partes— al aire, después de leer las «REVELACIONES» de jovencitas como la Asquerino, la Montiel y otros pimpollos por el estilo, a cuyo través mi amigo se enteraba de cosas tan importantes como los ligues que ha tenido alguna de tales señoras a lo largo de su vida, sobre si tiene un concepto izquierdista o más bien fascistoide de las técnicas de hacer el amor a pelo, con la natural animación que para la mente sexualmente reprimida del amigo de uno todo eso conllevaba, ¡zas!, el morrón y otra vez el pico debajo del ala y si te he visto no me acuerdo. Juzguen, juzguen ustedes mismos...

La señora de el amigo de uno —digna de todos mis respetos porque aunque los amigos de mis amigos suelen ser mis amigos, sus señoras todavía no— dice que nones, que sí, que libertad sexual si pero dentro de un orden. «¡Faltaría más!, una es todavía una señora como deben de ser las señoras», parece que fue, poco más o menos, lo que dijo muy dignamente, poniéndose de perfil, como la efígie de una moneda romana, la señora de mi amigo, del amigo de uno. Y el bueno de mi amiguete, que tantos duros había gastado en enterarse —a través de las revistas, todas, todas... que se venden en este quiosco y en el otro y en el de la esquina— de que era un reprimido sexual, y cuando ya creía que había aprendido a introducir la libertad esa que dicen en sus íntimas relaciones matrimoniales, se ha encontrado con la sorpresa de que su mujer sigue siendo una clásica con todas las de la ley, ¡faltaría más...!

Y de nada le valió al amigo de uno querer convenir a su costilla, cara costilla por otra parte, de que según las revistas de marras, en Francia y allá y más allá todavía, esto y aquello, porque la respuesta fue épica y definitiva, dejando congeladas las últimas esperanzas del

bueno del amigo de uno: ¡Claro, en Francia, las francesas majo, pero eso no es de ahora, es de siempre. A ver cuando te vas a enterar de que estás casado con una dama española y para más señas toledana de Consuegra...! Y allí fue Troya. Al amigo de uno se le quedó la moral más baja que los enanitos del Bombero Torero.

Bueno, pues en política a mi amigo le ha ocurrido poco más o menos. Dale que te pego a la democracia y a la reconciliación esa y ahora mi amigo, el amigo de uno, está que no sabe a que carta quedarse. La cosa no es para menos, pues cuando ya lo tenían convencido y, sin darse cuenta, hasta para afeitarse se sorprende asimismo silbando el «Gloria in excelsis deo» o cualquier tonada que hable de amor, entendimiento, perdón y futros sin exclusiones de ningún tipo, caen en sus manos dos papeles, de esos que se publican cada día y que en muchos casos no cambian nada más que en la fecha, y se encuentra, en uno con una lista en letras rojas —color sangre, claro— con los nombres de una cantidad de ciudadanos muertos en un pueblecito de Madrid, hace cerca de cuarenta años y que el papellín indicado carga a la cuenta de un señor que hace pocos días fue huésped del Estado en otro pueblecito de la provincia de Madrid.

Pero no acaba aquí la sorpresa del amigo de uno. Luego va y coge «El País» y se encuentra con que el exhuésped del Estado en ese pueblecito madrileño antes citado sin citarlo, pero que todo el mundo sabe cual es, dice ni más ni menos que «no he querido contestar a estas acusaciones pues, aparte de desmentirlas, tendría que desenterrar a los doscientos y pico mil muertos que han sido ejecutados después de que finalizase la guerra civil».

Mi amigo, el amigo de uno se hace cruces y sigue, en su convalecencia, repitiendo: «esto está más liao que el testamento de una loca». Pero es que mi amigo, el amigo de uno no ve la televisión, porque sino se tranquilizaría al oír como dice el señor Suárez que todo es cuestión de quitarle dramatismo a la cosa. Pero de momento, mi amigo, el amigo de uno, jura y promete que de ahora en adelante no va a leer ni un periódico ni una revista más y que lo que está firmemente decidido es emprender la campaña de introducir en su casa el rosario en familia y, en vez de a «Interviú» abonarse a todos los catecismos que vayan publicándose, e incluso a encargarse una edición encuadernada en oro del Ripalda. Y a ver quien es el guapo que lo convence de que eso es pasarse. A ver...

Francisco MORA